

BIBLIOGRAFIA

ALBERTO CATURELLI, *La Metafísica Cristiana en el Pensamiento Occidental*, Ediciones Cruzamante, Buenos Aires, 1983, 155 pp.

Caturelli defiende en este libro una tesis muy clara y muy valiente. Los griegos no llegaron a realizar una obra filosófica pura, elaborada con la sola razón, pues no llegaron a deshacerse de sus mitos. Desde Homero y Hesíodo, hasta Platón y Aristóteles, la filosofía griega estuvo siempre mezclada con mitos. El mismo Aristóteles, el más importante de los filósofos griegos, no puede llegar a la idea de creación, por los mitos de la materia y del movimiento eterno. Tampoco llegó a ver cómo Dios conocía al mundo. También la necesidad y el mismo movimiento eterno actuaban en él como mitos para impedirle ver la libertad de Dios y de los hombres.

Estos y otros errores de los filósofos griegos se deben en gran manera a los elementos míticos, de los que no llegaron a despojarse totalmente y que impidieron a la razón obrar con toda su fuerza y pureza.

El Cristianismo no es filosofía y, sin embargo, con su verdad ayudó a la filosofía a deshacerse de los mitos y actuar con la razón bajo la sola luz de la verdad. Así pudo llegar a la idea de creación desde la nada, a superar el monismo y el dualismo y otros errores de origen mítico. La verdad es que recién con el Cristianismo y gracias a su influencia se logró establecer una metafísica enteramente filosófica.

La filosofía moderna, al apartarse del Cristianismo, pierde fuerza purificadora de errores, y recae nuevamente en otros mitos, que le impiden su obra puramente racional. Siempre la recaída es más grave. Los mitos en que cayó la filosofía griega fueron por ignorancias y prejuicios religiosos. En cambio, los mitos de la filosofía moderna, en plena edad cristiana, encierran la gravedad de una apostasía.

Son muchos los mitos de la filosofía moderna pero con razón señala Caturelli el principal de ellos en el *inmanentismo* que ciega a la razón y la priva de su misión esencial de aprehensión de la verdad.

Este mito viene mezclado con otros, como el monismo, el dualismo, el materialismo y el historicismo, que incapacitan a la filosofía moderna a seguir el sendero de la verdad y, consiguientemente, a realizar una auténtica filosofía.

Paradójicamente el Cristianismo, a quien ligeramente se acusa de prejuicio filosófico y de impedir una filosofía puramente racional, es quien, al desmitizar el pensamiento moderno lo dispone y prepara para realizar una auténtica filosofía. El Cristianismo, sin ser filosofía, desde la verdad revelada ayuda al filósofo a encontrar la senda segura de la verdad natural.

Eso es precisamente la filosofía, que, bajo el influjo benéfico del Cristianismo, se realiza desde la metafísica, fundada en la evidencia y aprehensión del ser trascendente y, a través de los seres participados, llega hasta el Ser en sí de Dios.

El libro de Caturelli encierra una tesis valiente, fundada en todas sus partes en los textos de los autores citados, y que pone en evidencia la verdad paradójica de la tesis. Ni la filosofía anterior al Cristianismo ni la filosofía moderna han logrado desmitizarse. Sólo con la ayuda de la verdad sobrenatural cristiana —que no es filosofía— la filosofía se realiza con toda pureza racional, es decir, como una verdadera filosofía.

Un aura pura de sana filosofía, de raciocinio riguroso y bien fundado, recorre estas profundas y claras proposiciones del ilustre filósofo cordobés.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI

JOSEPH RASSAM, *Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*, Ed. Rialp, Madrid, 1980, 336 pp.

El presente trabajo de J. Rassam —profesor de filosofía en Tolouse y uno de los mejores concedores franceses de Santo Tomás— tiene el acierto de introducir a la filosofía del Aquinate facilitando así al lector los medios precisos para superar las dificultades propias de toda iniciación. El autor recoge los puntos fundamentales de la filosofía tomista y los desarrolla de un modo vivo, enseñando a leer sus obras, ayudando a entrar en sintonía con su vocabulario y a distinguir los aspectos esenciales de los accidentales.

El libro está dividido en tres partes: la primera incluye una breve biografía y una exposición de la filosofía del Aquinate; la segunda es una exposición de su metafísica; y en tercer lugar, Rassam presenta una selección de los mejores textos filosóficos de Santo Tomás.

La *primera parte* del libro nos ofrece un análisis del aspecto humano de Santo Tomás como filósofo; aclarando que aunque no se trata de explicar la doctrina por su autor, no es la inteligencia la que piensa sino un *hombre* por medio de su inteligencia. Por ello puede afirmarse que el valor de una filosofía está directamente relacionado con las cualidades humanas y sobrenaturales de su autor: las del Aquinate fueron realmente excepcionales.

De ánimo sosegado y discreto —actitud difícil de apreciar para los espíritus superficiales—, Santo Tomás prefirió siempre la verdad en todo su rigor a una pretendida originalidad basada en la confusión mental. Fue ese mismo afán por alcanzar la verdad el que le llevó a escribir en el prólogo de una de sus primeras obras: “tengo para mí que el deber más importante de mi vida es hablar de Dios en todo lo que pienso y digo” (p. 25).

Por ello, cuando expone las relaciones entre la fe y la razón señala en primer lugar su radical armonía: se distinguen sin oponerse. No se oponen pues tienen un mismo origen: Dios. Pero tampoco se confunden: son dos caminos diversos para alcanzar la verdad; ambos no sólo igualmente legítimos, sino también complementarios: “si los problemas de la fe los resolvemos por la sola vía de autoridad, poseeremos sin duda la verdad, pero en una cabeza vacía” (p. 28).

En la misma línea hay en Santo Tomás un empeño por poner de relieve esa armonía, complementariedad y distinción entre la filosofía y la teología. Es un empeño por reconstruir la filosofía hasta tal punto que su acuerdo con la teología aparezca como consecuencia necesaria de las exigencias de la razón y no como resultado accidental de un simple deseo de conciliación.

En la *segunda parte*, el libro presenta una exposición de la metafísica tomista, cuya intuición central (el *esse*) constituye el núcleo más original y el principio organizador de toda su doctrina. El objeto del conocimiento metafísico es alcanzar con el pensamiento lo que las cosas dicen por el hecho de *ser* lo que son.

En primer lugar Rassam expone las características del *ens* tomista (es la evidencia primera, y condición de toda inteligibilidad; es el principio de la unidad y de la multiplicidad de los entes; es el fundamento de todo valor;...), rechazando —por inconsistentes— las críticas que diversos filósofos han ido

planteando al realismo. A continuación el autor nos introduce en el estudio del *Acto de Ser puro*. Analiza los argumentos (vías) para demostrar su existencia y —por ende— su presencia en todo ser creado como la Causa en su efecto. Las resume con las siguientes palabras: “no son más que la formulación mental de un testimonio que se encuentra en las cosas... (p. 46); las cosas mismas, por medio de su acto de ser, proclaman la verdad de la existencia de Dios antes incluso de que nuestra razón pueda anunciarla” (p. 50).

Y así se llega al *existir humano*, se llega al ser que —como toda criatura— es por participación del Acto de Ser puro. Compuesto de alma (espiritual e inmortal) y cuerpo. Es especialmente interesante reseñar —como hace Rassam— el origen divino del alma humana, razón de la única e incomparable nobleza del hombre entre los seres vivientes. El honor de ser hombre viene de que el hombre, cuando recibe el cuerpo por la generación, recibe de Dios a la vez y directamente el alma. Hoy se proclama por todas partes la eminente dignidad de la persona humana. Pero esta proclama quedaría reducida a bien poca cosa y perdería su más sólido fundamento, si el hecho de que todo hombre merece un respeto absoluto no se apoyara esencialmente en esa dependencia y relación con el Ser absoluto implicada por la creación de cada alma.

A continuación, Santo Tomás analiza con claridad esa propiedad que pertenece a todo hombre: la libertad; cuyo fundamento está en la autonomía ontológica de la persona: el hombre es libre —puede *obrar por sí*— porque existe *por sí*, porque es —por así decirlo— dueño y propietario de su acto de ser. Rassam mismo ayuda al lector a sacar consecuencias: “responsable de su obrar por la posesión de su existir, la persona puede asumir o rechazar su condición; es decir, aceptar o repudiar su relación con Dios. Pero la repulsa, siempre posible, es fundamentalmente contradictoria, porque versa sobre aquello mismo que la hace posible”. Tal es la elección de ese personaje de Dostoiévski en “Los posesos” que, para afirmar su nueva y terrible libertad, es decir, una independencia total y absoluta, se ve obligado, con lógica implacable, a la cruel contradicción de quitarse la vida; Kirilov ha comprendido que, para no depender de nadie más que de sí mismo, debe renunciar al acto que le hace ser” (pp. 156-157).

La *tercera parte* del libro está compuesta de una serie de textos escogidos de entre las obras de Santo Tomás. Son principalmente de orden filosófico y pueden servir, sobre todo, a los que intentan iniciarse en el estudio de la filosofía. Rassam divide su selección en varias secciones.

En la primera trata de la ontología tomista (la realidad concreta, el acto puro, naturaleza y gracia). La segunda es la parte antropológica (el conocimiento humano, la voluntad y su fin). Finalmente viene la sección moral, en donde no sólo trata de nociones generales (el bien y el mal, las pasiones y las virtudes, las leyes, ...) sino también expone cuestiones tan particulares como la necesidad del descanso para el alma y las condiciones que debe reunir: “hay que aprender a divertirse. Para ello conviene tener en cuenta tres cosas. Ante todo, no buscar la diversión en palabras o acciones vergonzosas o perjudiciales; en segundo lugar, cuidar que el alma no pierda nunca su nobleza (...); y por último (...), ha de ser un juego adecuado a la persona que juega, al momento y lugar donde se juega, y de una manera general, a las circunstancias que lo rodean” (p. 315).

Finalmente, Rassam incluye un breve apéndice de autores mencionados o muy relacionados con el pensamiento filosófico de Santo Tomás; y otro —más amplio— sobre el léxico que el Aquinate utiliza en sus obras.